

VIII CENTENARIO / EX ALUMNOS ILUSTRES

Araceli Mangas. Catedrática y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas

“Ha bajado el nivel académico, sin perjuicio de que existan individualidades excelentes”

Afirma que la Universidad de Salamanca tiene que ser competitiva “y para ello debe buscar lo mejor”. Y considera que “faltan grandes catedráticos y jóvenes investigadores de excelencia”. Mangas vivió una etapa universitaria bastante politizada y subraya que “el movimiento estudiantil en la década de 1970 fue muy importante”.

BERTA BAZ / MADRID

ARACELI Mangas (Ledesma, 1953) está reconocida como una gran experta en Derecho europeo, de hecho participó en el comité asesor de la reforma del Tratado de Maastricht. En 1992 fue designada ‘Mujer Europea del Año en España’ y es la segunda académica que ha ingresado en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. El jurado del Premio Castilla y León de Ciencias Sociales y Humanidades, en su edición correspondiente a 2017, le ha concedido por unanimidad este galardón, que recogerá a finales de mes. Alumna de Derecho en la última etapa de la dictadura, fue catedrática de la Universidad de Salamanca, institución en la que ha sido profesora durante 25 años. Desde 2011 vive en Madrid e imparte clases en la Complutense.

—¿Qué balance hace de sus estudios universitarios?

—Sin duda muy positivo. Tengo un recuerdo muy afectuoso. Me lo pasé bien y aprendí mucho. En la etapa de estudiante, decisiva para cualquier ser humano, yo diría la más determinante ya que se asientan las bases de tu futuro, se adquieren muchos conocimientos, pero también el individuo se socializa. En la facultad se conoce a muchos compañeros con los que se mantiene una relación más allá de la carrera. No son las amistades que se hacen en el parque cuando uno es pequeño. Son más intelectuales. Es una etapa vital.

—¿Qué recuerdos conserva?

—A principios de la década de los 70, la carrera de Derecho no estaba masificada. Tuve la suerte de que Francisco Tomás y Valiente, catedrático de Historia del Derecho, me diera la primera clase. Me quedé maravillada. Era un aula grande, imponente, y en la tarima había tres sillones de terciopelo rojo para el catedrático y dos profesores adjuntos. Cada uno con su vaso de agua. Entonces se utilizaba la expresión “baja la cátedra” ya que el catedrático impartía las clases acompañado por sus ayu-

dantes. Es una pena que esta costumbre se haya perdido ya que es fundamental que los jóvenes ayudantes observen como se dan las clases y se enseña al alumnado. Tienen que ver como se imparte la materia, se reparten los tiempos o se resuelve algún incidente. Hoy en día los jóvenes profesores son muy soberbios y no acompañan al catedrático en las clases.

—¿Fue alumna aplicada?

—Aunque la ciencia no es contagiosa me gustaba sentarme en las primeras filas. Yo tuve una beca salario que me exigía tener de nota media como mínimo un notable, por lo que dediqué muchas horas al estudio. Las asignaturas que más me costaron fueron Economía y Hacienda Pública, que impartía Gloria Begué, una excelente profesora. Era un lujo asistir a sus clases. Casi no llevaba papeles, hacia muchos esquemas en el encerado, no nos ayudaba a razonar, y era muy exigente. Sus exámenes escritos empezaban a las cuatro de la tarde y a las nueve seguían. Luego había que leerse los y te hacía multitud de preguntas. Otros catedráticos magníficos fueron Alberto Berco-vitz, José Vida Soria y Antonio Enrique Pérez Luño.

—¿Cómo era la Universidad de principios de los 70?

—Durante mis cinco años de carrera, de 1970 a 1975, hubo un montón de huelgas estudiantiles. El primer ‘movimiento’ se convocó por los procesos de Burgos que se llevaron contra un grupo de terroristas en condiciones que, independientemente de los indicios criminales que pudiera haber, no contaban con garantías procesales. Salamanca, al igual que el resto de universidades españolas, se revolvió contra este Consejo de Guerra, y la causa se convirtió en una protesta antifranquista universal. Finalmente no se produjo ninguna ejecución porque el papa Pablo VI influyó sobre el dictador.

—¿El ambiente estaba muy politizado?

—Sí. Fueron los últimos años de vida de Franco y había una fuerte

presión por instaurar la democracia. Durante la carrera también viví el asesinato de Carrero Blanco y el cierre de la Universidad de Valladolid. Se planteaba una reforma, los estudiantes exigieron participar, y el rector respondió que el cazador no cuenta con las golondrinas cuando las va a cazar. La respuesta fue la convocatoria de asambleas y huelgas masivas. Fueron años muy difíciles. El movimiento estudiantil en la década de 1970 fue muy importante, también el de los años 50. Las primeras revueltas contra el franquismo las protagonizaron los estudiantes, y luego se sumaron los obreros.

—¿Cómo era la relación con sus compañeros fuera del aula?

—Muy buena. Tengo muchas anécdotas. El futbolista Santiago Bartolomé Rial, compañero de carrera, fue el primero que me llevó a ver un partido de fútbol y fue en contraprestación por prestarle mis apuntes (risas). En la Universidad de Salamanca se ha perdido la fiesta del paso del Ecuador que se celebraba en tercero de carrera, las licenciaturas eran de cinco años, y era cuando nos ponían la beca. Asistíamos a un acto muy bonito que culminaba con un baile en el Palacio de Figueroa. La tradición de poner la beca al licenciarse no es de la tradición ni española ni europea, es una ‘gringada’.

—Ha vivido la Universidad como alumna y también como catedrática. ¿Cómo valora sus 25 años como profesora en Derecho?

—Fueron años muy importantes, he formado a 25 promociones y, a pesar de ser exigente, los alumnos yo creo que me recuerdan en general con cariño, por las muestras de afecto que me demuestran cuando me los encuentro. Es verdad que me dejé la piel, pero no me arrepiento. Cuando yo entré la Cátedra de Derecho Internacional estaba muy desprestigiada en Salamanca. Era una ‘maría’. El padre del actual rector, Enrique Rivero, mi profesor de Derecho Administrativo, y otros compañeros me animaron. Tuve que trabajar mucho y muy duro para formar equi-

pos competentes y poner la biblioteca al día. Mereció la pena el esfuerzo, porque conseguí que se tomara en serio el Derecho Internacional.

—La institución celebra su octavo centenario. ¿Disfruta hoy en día del privilegio que debiera?

—Es conocida en todo el mundo por su historia, pero actualmente no tiene una importancia especial. Pienso que se han cometido errores y se han llevado a cabo políticas no correctas por parte del legislador nacional y de los equipos rectorales. Debe ser competitiva y para ello tiene que buscar lo mejor. En general ha bajado el nivel académico, sin perjuicio de que siguen existiendo individualidades

excelentes, a las que hay que potenciar. En la época franquista Salamanca contaba con una élite de profesores. Muchas personas pueden pensar que durante la dictadura la enseñanza universitaria era mala y no es cierto. Fue extraordinaria. A pesar de las circunstancias políticas el nivel era muy bueno. La Universidad no dependía de Franco sino del esfuerzo personal y del compromiso de profesores y alumnos. Ahora faltan grandes catedráticos y jóvenes investigadores de excelencia.

—A lo largo de su historia el Estudio salmantino ha tenido momentos mejores y peores...

—Hubo un momento en el siglo XIX en



VIII CENTENARIO / EX ALUMNOS ILUSTRES



A la izquierda, una jovencísima Araceli Mangas en el Patio de Escuelas junto a la estatua de Fray Luis de León. En el centro, la catedrática (en el centro y con falda) rodeada de un grupo de compañeros en las celebraciones de la fiesta del paso del Ecuador. Y a la derecha, Araceli Mangas, a la izquierda, con una amiga en la Plaza Mayor.

que estuvo a punto de ser clausurada porque se quedó con menos de 50 estudiantes. La Guerra de la Independencia, el terrible reinado de Fernando VII, la penuria económica y la inestabilidad política en ese siglo le afectó muchísimo. Pero Salamanca tuvo la enorme suerte de recibir a Miguel de Unamuno. Fue un gran revulsivo.

—¿Qué nota le pone en general a la universidad española?

—Es una lástima, pero la han hundido diversos gobiernos. Los últimos quince a veinte años han sido desastrosos, y Bolonia ha sido la acometida de muerte. En líneas generales el nivel del profesorado es mediocre. Sólo prosperan los que aguantan porque no pueden tener otro trabajo. Los buenos expeditivos se tienen que marchar fuera de España porque aquí no encuentran oportunidades. Además, las asignaturas se han jibarido

zados, no tienen contenido, se han quedado en nada. Los estudiantes de Derecho no salen bien preparados cuando en España ha habido una excelente tradición de juristas.

—¿Qué opina de las sucesivas reformas universitarias?

—La primera reforma realizada por el Gobierno de Felipe González, la LRU de José María Maravall, era discutible pero aceptable. El problema es que las sucesivas reformas han ido a peor. Las carreras de letras, no sé si también las de ciencias, han perdido muchísimo. Además, ahora los estudiantes son muy pasivos. Yo fui delegada estudiantil y cuando un profesor no transmitía, nos parecía muy anticuada su forma de enseñar, se pedientes se tienen que marchar fuera de España porque aquí no encuentran oportunidades. Además, las asignaturas se han jibarido

“Cuando yo entré en la Cátedra de Derecho Internacional estaba muy desprestigiada”

malo.

—¿Tantas universidades garantizan una buena enseñanza?

—Creo que hay 80 en toda España, de las que una treintena son privadas. Una barbaridad. Hay algunas relevantes, pero muchas son muy mediocres, y el dinero que se invierte en el mantenimiento de algunos de esos centros se podría emplear en ayudas y becas para la

movilidad. En mi época, el entonces rector Lucena Conde fue cesado por protestar frente a un plan de desarrollo del franquismo, por el que se crearon un montón de universidades nuevas, una decisión que a la larga ha dañado mucho. Salamanca la rechazó y Lucena Conde tuvo que dimitir. También tuvo que acabar dimitiendo como decana de Derecho Gloria Begué. Afortunadamente no les procesaron, pero les callaron la boca.

—¿El título de Derecho vale lo mismo en todos los centros?

—No debería. A la hora de valorar el título de un estudiante habría que ver en qué centro ha estudiado y preguntarle con qué profesores. En mi época era sabido que a los estudiantes a los que se les atragantaba alguna de las asignaturas huese se iban a Oviedo a terminar la carrera. Es una lástima

pero no se fomenta la competencia. Hay muchas universidades ‘gараje’ con nombres pomposos que no tienen ninguna calidad y que no enseñan, simplemente venden títulos. Estamos democratizando y digitalizando la ignorancia.

—Este año el octavo centenario coincide con el 40 aniversario de la Constitución.

—Una grata coincidencia. Tengo el encargo de presentar un análisis del artículo 93 de la Carta Magna, que recoge la celebración de tratados por los que se atribuye a una organización internacional el ejercicio de competencias derivadas de la Constitución. Sobre este artículo también dará una ponencia en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de la que soy miembro. Además me han pedido colaborar en la edición de una Constitución accesible a todos los españoles.

PERSONAJES HISTÓRICOS

Francisco de Salinas, un gran teórico musical del Renacimiento

R.D.L. / SALAMANCA

Francisco de Salinas nació en Burgos hacia 1513. Los historiadores aseguran que procedía de una familia ilustre —su padre, Juan de Salinas, fue tesorero de Carlos I—, sin embargo, no debía de ser adinerada puesto que Salinas tuvo dificultades económicas en varios momentos de su vida. Afamado organista y uno de los grandes teóricos musicales del Renacimiento europeo que llegó a catedrático del Estudio salmantino, siendo un niño perdió la visión. Según narra en su famoso tratado de música “De Musica libri septem” (“Los siete libros sobre la Música”), el motivo fue una enfermedad que le transmitió su nodriza. Sin embargo, esa discapacidad no impidió que desde pequeño recibiera formación musical y muy pronto demostró sus dotes, ya que siendo aún un niño se encargó de dar clases de órgano a una muchacha que,

a cambio, le enseñó latín, abriéndole nuevas puertas, según explica la experta Amaya García Pérez en la edición facsimilar de la obra “De Musica libri septem”, elaborada por la Universidad de Salamanca para conmemorar el quinto centenario del nacimiento del burgalés en el año 2013. Y es que fue en Salamanca donde Salinas se formó en Griego, Artes y Filosofía, empapándose de las enseñanzas de Aristóteles, como se apreciará después en su tratado. Pero sus escasos recursos económicos impidieron que se graduara y le llevaron a ponerse al servicio de su pariente Pedro Gómez Sarmiento, arzobispo de Santiago que fue nombrado cardenal,

lo que le hizo trasladarse a Roma, lugar al que viajó con Francisco de Salinas. Vivió durante 20 años en Italia y allí completó su formación, aunque de forma autodidacta, pasando de ser un buen organista a un erudito de la teoría musical tras la lectura de Boecio, Porfirio y Baquío, entre otros. En 1558 regresó a España y, tras ocupar diversos puestos como organista en Sigüenza y León, volvió a la Universidad de Salamanca donde quedó vacante la cátedra de Música que consiguió Salinas hacia 1567. Sin embargo, no poseía el grado de maestro en Artes, por lo que tuvo por delante cuatro intensos años para conseguirlo en los que contó con el apoyo, entre otros, de Fray Luis de León, con



el que entabló una amistad hasta el punto de que le dedicó su famosa “Oda” y le defendió cuando la Inquisición le investigó.

El experto Bernardo García-Bernalt Alonso destaca de él su carácter humanista, lo que le llevó a hacer incursiones en diversas ramas del saber, y destaca sus conocimientos de las Matemáticas, disciplina íntimamente relacionada con la teoría musical. Además, recuerda que tuvo la obligación de tocar el órgano en todas las fiestas de la Universidad hasta su fallecimiento, muy numerosas en el siglo XVI, de forma que estuvo preocupado constantemente porque el órgano estuviera a punto, pero también de que tuviera un libro de polifonía. Último que apenas existan documentos de su actividad creativa. En la Biblioteca General Histórica de la Universidad de Salamanca se conserva un ejemplar del texto “De Musica libri septem”, un tratado de armonía y teoría rítmica, escrito en latín e impreso por Matías Gast en 1577. No se conservan, sin embargo, partituras del maestro Salinas, aunque los testimonios de sus contemporáneos hablan de la gran belleza de su música.

El 13 de enero de 1590, tres años después de su jubilación, murió Francisco de Salinas en Salamanca.

Ficha

Carrera y promoción: Derecho, 1975.

Un profesor: Francisco Tomás y Valiente.

Una comida: Las chacinas.

Un rincón de Salamanca: La plaza de Anaya.

Una canción de aquellos tiempos: Mediterráneo, de Serrat.